

860

EC

EL 40

REVISTA LITERARIA



Invierno de 1953

6

Buenos Aires

EC

EL 40

REVISTA LITERARIA



Invierno de 1953

6

Buenos Aires



“EL 40”

REVISTA LITERARIA

AÑO II

NUMERO 6

SECRETARÍA DE REDACCIÓN

y

ADMINISTRACIÓN

UGARTECHE 3050, 34/1º

Capital Federal

República Argentina

★

REPRESENTANTES

C. Eva Perón: *Alberto Ponce de León*

Entre Ríos: *Francisco Tomat Guido*

Mendoza: *Flavio Donadel y Alfonso Sola González*

Santa Fe: *Gastón Gori*

Uruguay: *Dora Isella Russell*

Venezuela: *Conie Lobell y Jean Aristeguieta*

España: *Rafael Millán*

★

Registro de la Propiedad Intelectual
Nº 382.698 - Marca Registrada Nº 400.340.

Copyright by Dora S. de Boned.

Printed in Argentine
Impreso en la Argentina

Solicitamos Canje

“EL 40”

*podrá Ud. adquirirlo en las
siguientes librerías.*

EL ATENEO

FLORIDA 340
T. E. 31-2081

HUEMUL

SANTA FE 2237
T. E. 44-7898

LIBRERIA NOBEL

CALLAO 1144
T. E. 41-2276

LIBRERIA CLASICA Y MODERNA

CALLAO 892
T. E. 44-8707

LIBRERIA-LETRAS

VIAMONTE 472
T. E. 31-2612

LIBRERIA FRAY MOCHO

SARMIENTO 1820
T. E. 48-6640

LIBRERIA RODRIGUEZ

SARMIENTO 871
T. E. 35-8126

LIBRERIA de la UNIVERSIDAD

de Eugenio Garcia Santos
RIVADAVIA 55
MENDOZA

LIBRERIA MANU

CALLAO 1489
T. E. 41-7956

CUADERNOS
JULIO HERRERA Y REISSIG
DIRECTOR
Juvenal Ortiz Saralegui
COLONIA 1263
Montevideo URUGUAY

REPERTORIO AMERICANO

Cuadernos de Cultura Hispana
DIRECTOR
J. GARCIA MONGE
S. José de Costa Rica

ARIEL

Cuaderno bimestral de literatura y artes
plásticas - III época
Guadalajara
Talisco México

LIRICA HISPANA

*La primera revista de poesía
de VENEZUELA*
Directoras:
Conie Lobell y Jean Aristeguieta
CARACAS - Apartado 3551 - VENEZUELA

DEUCALION

ARTE y LETRAS
Ciudad Real-Madrid
Director: ANGEL CRESPO

LA NUEVA DEMOCRACIA

del Comité de Cooperación en la
América Latina
Director: ALBERTO REMBAO
NEW YORK 10 N. Y. 156 FIFTH AVENUE
Estados Unidos de América

MUEBLERIA “SAN BLAS” MUEBLES PROVENZAL

CALLE ARREGUI 4462
T. E. 67-8832
CAPITAL

LA ISLA DE LOS RATONES

(Hojas de Poesía)
DIRECTOR:
MANUEL ARCE
Plaza de los Remedios 4
Santander ESPAÑA

EL PAJARO DE PAJA

(CARTA CIRCULAR DE LA POESIA)
DIRECTOR:
GABINO ALEJANDRO CARRIEDO
Nueva Paralela a General Mola 15
MADRID ESPAÑA

AGORA

Director: RAFAEL MILLAN
CUADERNOS DE POESIA
Aparece mensualmente
SUSCRIBASE
Av. José Antonio 15
(Carabanchel Bajo)
Madrid ESPAÑA

REVISTA DE LITERATURA

DIRECTOR:
Joaquín de Entrambasaguas
Instituto “Miguel de Cervantes de Filología
Hispanica”
Madrid ESPAÑA

RENUEVE SU SUSCRIPCION ANUAL

PAISES DE HABLA ESPAÑOLA

NUMERO SUELTO \$ 4 m/arg.
SUSCRIPCION ANUAL \$ 15 m/arg.

OTROS PAISES

NUMERO SUELTO 0.50 dólares
SUSCRIPCION ANUAL 2 „

EL 40

REVISTA LITERARIA

SUMARIO

- Copetes y encopetados
1 *Horacio Rega Molina* Oda Lapidaria
2 *Edgar Podestá* La despedida
3 *Angel Mazzei* Memoria de Ana María
4 *Ana María Chohuy Aguirre* Dafne
5 *Alberto Ponce de León* Sobre la realidad de la
generación del 40
6 *Gastón Gori* La muerte de los bueyes
7 *Américo Cali* Fábula de la soledad
8 *Ana Emilia Lahitte* Enero

REVALIDACIONES

Libro de Poemas y Canciones, de J. R. Wilcock; Desde Lejos, de Olga Orozco.

LIBROS

El Exilado, de César Rosales; Campo Sur, de J. M. Castiñeiras de Dios; Elegía Purísima, de José Eduardo Seri; Lírica Hispana, Antología en Venezuela, de Dora Isella Russell; Tu pueblo en la Estrella, de Armando de Vita y Lacerra; Poesía-Amor de Europa, de Jean Aristeguieta; Tiempo enamorado, de Osiris Chierico; El constructor de Sueños, de Roberto J. Pifarré; Incienso para la última muchacha, de Alberto Oscar Blasi; Chihuahua de mis amores, de Alberto Rembao; la voz Innominada, de Lucía A. Z. de Sampietro; Memoria del Amante, de Martín Alberto Boneo; Retorno, de Manuel de Castro; Presencia de la Rosa, de Arsinoe Moratorio.

Invierno de 1953

6

Buenos Aires



COPETES Y ENCOPETADOS

EL 40 comienza una nueva etapa. La primera fué de lucha para encontrar una proyección por la cual lanzar su mensaje al grupo literario que fué motivo de su aparición. Esta nueva etapa que emprendemos es consecuencia de aquélla. El camino recorrido ha encontrado, lo confesamos, altas y duras piedras. Como es clásico, nuestra revista es resistida. No puede ser de otro modo, ya que EL 40 no es una publicación anodina que sume su nombre a las que aparecen, viven y mueren rodeadas de la indiferencia o, en el mejor de los casos, de la amabilidad general. EL 40 es un órgano combativo y tiene un norte, una meta, un ideal. Esto es suficiente para que los altos copetes de la generación del cuarenta nos combatan con todos los medios a su alcance. Han estado acostumbrados, durante diez años, a dictar cátedra de nueva poesía y ahora ven que, irremisiblemente, se les escapa el bastón de mariscal "de la literatura". Nos han amenazado con espejos, con muestras, con selecciones, con antologías más o menos limitadas y ahora ven que todo ello no sirve. Nos han presionado desde las páginas excluyentes y encapilladas de ciertas revistas y con la hoja dominical de algún matutino engolillado, y ahora ven que esto no contó para nada. La persistencia de EL 40 es, indudablemente, un peligro para sus prestigios. Nosotros llegamos para revisar esa poesía cuarentista anquilosada entre las manos de diez o doce nombres. Llegamos para analizar y estudiar todo cuanto fuera posible analizar y estudiar. Pero ellos no desean ver ampliados sus espejos, muestras y selecciones sino con aquellos valores dictados por sus inapelables juicios críticos. Pero ellos no desean ser estudiados por otros sino por ellos mismos, en un juego de autobombo y autoincienseo conocido. Y EL 40 anunció una verdadera renovación dentro del cuarenta. Esta es nuestra nueva etapa. En la primera vimos y vencimos. En ésta haremos y contaremos. Sin pasionismos ni banderías. Al César lo que es del César y a la Poesía lo que es de la Poesía.

Pero esta etapa encontrará a los mismos enemigos, más otros, los protegidos, los encopetados de aquéllos. No importa. Seguiremos la lucha. Ya sus cuadros se han ido raleando pues han dado paso a algunos valores que EL 40 ha reflejado en sus páginas. Continuaremos la lucha y seguiremos con nuestro panorama y proseguiremos haciendo crítica constructiva y justa. Sin temor de bajar a algunos altos copetes, si con ello se beneficia la verdad. No importa que éstos digan que se nos paga o que se nos subvenciona. Bien saben que nuestra revista no se sostiene de esa manera. Bien saben que vive con el aporte de algunos generosos particulares. Bien saben que, aunque así no fuera,

no se pondrían la mano en el bolsillo para extraer un solo peso y ayudarnos, aunque la revista les hiciera el caldo de cultivo para sus menguados prestigios. Bien saben que no colaborarían aunque les dijéramos y les probáramos nuestra limpieza de intenciones. Es que son impermeables estos altos copetes a toda reflexión cuando se trata del tema de su predominio en los ambientes porteños. Porque los copetes y encopetados se creen los únicos herederos de la gloria de los del 22, que en su fuero interno menosprecian, aunque se sirvieron de ellos para escalar la altura de su efímera gloria. Es que los altos copetes de la generación del cuarenta están acostumbrados a mandar con voz fuerte y ademán terminante. Ellos dijeron que no colaboraban en nuestra revista porque tenía avisos tendenciosos y vendíamos a la generación, y ellos a su vez colaboran en el extranjero en revistas profusamente empastadas de publicidad de favor —extraña dualidad de modo de pensar—. Nosotros no hemos vendido a la generación como nos vaticinaron, ni nos hemos enriquecido como temieron.

Esta etapa será pues decisiva. De ella saldrá la verdadera generación estudiada y analizada por firmas jóvenes o por aquellos cuarentistas que aun conservan puro el espíritu y generoso el ademán. Que los hay, aunque aquéllos no lo crean.

Esta etapa será dura, pero si triunfamos será también definitiva. Seguiremos nuestro camino con los altos copetes, con los encopetados o sin ellos. Nos es igual. Diez o doce encastillados en sus autoprestigios no pueden deformar a la realidad. Ellos se creen los Keats, los Shelley, los Bradshaw y los García Lorca y los Milosz de esta parte de América, pero no saben que estos altos poetas tenían una condición: su autenticidad y humildad literarias. En cambio estos cuarentistas criollos, que usufructúan su anticipada autoinmortalidad, viven apegados a sus políticas literarias y a sus falsos prestigios de círculo. EL 40 les anticipa que igual figurarán en nuestro panorama. O con sus colaboraciones espontáneas o por medio de estudios sobre sus obras hechas por firmas jóvenes. No han de quedar al margen de ninguna manera. Nuestro panorama será completo y ellos han de figurar, no por grandes e imprescindibles, sino simplemente por motivos de ubicación. Allá ellos si no nos escuchan. Nos quedan los jóvenes. Los novísimos poetas argentinos que ya empiezan a colaborar en EL 40 con todo entusiasmo. Y nos quedan los poetas de Uruguay, de Chile, de Brasil, de Venezuela, de Colombia, de México, de España, donde ya conocen a EL 40 como a la revista de la poesía joven de Argentina.

Ya ven, pues, que no los necesitamos. No los necesitamos porque tenemos un motivo para seguir saliendo, un alto ideal, una meta fijada. Hacia allí vamos, pese a los que nos combaten y pese a los descreídos.

La consigna es, entonces, esta: con los copetes y encopetados o sin ellos, pero siempre con los jóvenes, que son los que, a la larga, dicen, en todo, la última palabra.

HORACIO REGA MOLINA

Corresponde esta vez a EL 40 presentar a sus lectores a otro de los poetas de más definida personalidad, surgido del grupo de líricos que dió vida y trascendencia a la llamada generación del *veintidós*. Horacio Rega Molina, escritor equilibrado y armonioso, humano e intenso, original en su ingeniosa técnica, poseedor de una notable capacidad creadora, influye en muchos de los poetas de la promoción del *cuarenta*. Esto es indudable y por ello su inclusión —aparte los altos méritos que señalamos— se justifica en esta galería; iniciada con Ricardo E. Molinari, continuada con Leopoldo Marechal y que irá reflejando, con exactitud y justicia, a los valores anteriores a la vigencia de nuestra generación que pueden ser considerados, en muchos sentidos, los *hermes* del movimiento de 1940.

Al dar sitio en sus páginas a Horacio Rega Molina, EL 40 sigue, pues, fiel a su línea imparcial, fijada con claridad en el primer número y continuada en las entregas siguientes. *No hay generación enteramente desvinculada de su antecesora*, decíamos entonces, y este poeta que incluimos es uno de los más vigorosos y notables producidos en los últimos treinta años de nuestra lírica. Por ello, no puede, ni debe, estar desvinculado de un movimiento que, si es noble y sincero al reconocer sus influencias inmediatas, no puede ni debe —por mezquinas razones extraliterarias— dejar de reconocer el aporte lingüístico, poético y técnico que Rega Molina acercó a la generación del *cuarenta*.

Poeta de alta clase lírica, ha publicado muchos libros, densos y perdurables. *El poema de la lluvia*, *La víspera del buen amor*, *Azul de mapa*, *Oda provincial*, *Sonetos de mi sangre* o cualquiera de los demás que dió a la estampa, son suficientes para señalarle un lugar de excepción en nuestras letras. Ganador de todos los lauros con que la República honra a sus poetas, honra él a su vez con su presencia a las páginas de esta revista.

M. A. B.

Oda lapidaria

Especial para EL 40

A mí nada me importa de la muerte.
La he visto, sin grandeza,
siempre igual una muerte a la que sigue.



La he visto. Y nada sucedió de nuevo
aunque algo comenzaba
más allá
del geométrico beso de sus dientes,
del árbol al principio del abismo, cubierto
con una piel de párpados cerrados
de los guantes de goma de las enfermerías
del aire deshojado por puertas giratorias,
de las sillas de Viena, en la sala de espera,
donde está ese periódico ilustrado en que yace
mi corazón envuelto con papeles.

A mi nada me importa de la muerte.
La nombro, conversando
en una sobremesa de la sombra
y cual si todo lo que me rodea
se me pegara al cuerpo
me duele una armadura de guerrero vencido.

La he visto sin grandeza,
en esa voz de lenta mejoría
que trae el enfermero,
desplegada en avisos
y cruceitas de tipografía,
con vidrio y con tintero
como la mesa del profesorado,
o en esa soledad de un domingo cualquiera
en que todas las calles
parece que estuvieran de duelo nacional.

Oh gravedad de la melancolía,
cuando los coches llegan, cuando los coches parten
o cuando se detienen cerca de las barreras,
siempre, siempre lo mismo
hacia lo repetido,
hacia esa muchedumbre de cosas ya ocurridas
que se llama futuro.

De lo que yo quería
algo se ha ido ya,
preguntando por mí de cirio en cirio.
Algo se ha ido sin decir me muero,
Sin darme la palabra de su muerte,
sin acunármela desde sus brazos,
sin repetirla como la repito.
Y sin dejar escrito que la vida
es la primera parte de la muerte.

Pero yo la escuché
desde la escasa altura donde el frío comienza
murmurada
por unos grandes pájaros con cuerdas
como guitarras voladoras.

La Despedida

*Y rodeará el otoño la espesura
que habita ese jardín desconocido
y el silencio en que hubiéramos yacido
extático en el agua, lenta, oscura.*

*No elevará en el aire la escultura
su doloroso impulso detenido,
ni el temblor que en el viento va perdido
y desde sus tobillos aventura.*

*Así el callado polvo se convierte
y arde en las dulces formas de la vida
y al cabo se desliza hacia la muerte.*

*Con él recobramos la espesura,
lo que miramos en la despedida,
después del cuerpo que nos desfigura.*

EDGAR PODESTÁ

MEMORIA DE ANA MARIA

Cuando apareció en 1938, *Alba gris*, el primer libro de Ana María, no despertó mayor eco ni movimiento que el acostumbrado tono impersonal, de incolora apreciación que merecen todas las obras iniciales. Tal vez, esa cortesía estéreotipada con que evadimos toda apreciación justa, terminó, inclusive, por oscurecer sus verdaderos valores, pero luego de ese libro, Ana María ofreció pruebas perdurables de la legitimidad de su vocación. No prefirió un destino decorativamente social de lo poético. Organizó con Juan Rodolfo Wilcock, las tareas directivas de *Verde Memoria*, cuya dignidad de tono lírico y su ardida e independiente actitud crítica no es fácilmente discutible, y preparó las páginas de su libro *Los días perdidos*, su despedida poética que no alcanzó a ver impresa, todo ella a despecho del incisivo avance de la enfermedad. *Los días perdidos* es, pues, sin perjuicio del atisbo temperamental de *Alba gris*, libro que no repudiaba su autora, a la inversa de cuanto habitualmente suele suceder en los poetas de generaciones anteriores con respecto a sus primeros libros, su programa estético y su exacta imagen lírica. No creo que sea fácil volcarse en una obra con la sinceridad fluyente, clara y, al propio tiempo, contenida y sin declamaciones que caracteriza este libro. Si todo poema es apenas el esbozo de un camino verdadero entre el pensamiento, el sentimiento y sus cabales expresiones, Ana María dibujó con nitidez singular ese esbozo. Acaso comprendió que se sobreviviría en él con firme majestad de medalla. Y dejó que esos versos nostálgicos, tenues, pero calientes de emoción y altivos de ideas fueran nada más, nada menos, que el lenguaje natural de su vida profunda, constantemente sitiada por la muerte y sus palabras tuvieran ese resplandor de verdad de los que van a partir demasiado jóvenes. Para ello, esos versos se visten de un idioma claro, como nutrido de lecturas inteligentemente escogidas, inglesas y alemanas en su mayor parte, aunque su inquietud no se detenía en parcelamientos de escuelas o de geografía. Leía con seriedad, con independencia crítica; dejaba en sus libros inteligentes anotaciones o las concretaba en su *Diario*, memoria lírica, erguida de bella prosa, como siempre ocurre con los verdaderos poetas, que comunican inmediatamente con su intimidad vibrante. Tuvo en su generación, en su medio, el aire finísimo, encendido de otra María Bashkirtseff. Dijo, como ella, disputadas a su debilidad física algunas palabras que el tiempo va cavando con esa hondura perdurable que es el diáfano mérito de la verdad.

ANGEL MAZZEI



ANA MARIA CHOHUY AGUIRRE

1918-1945

Dafne

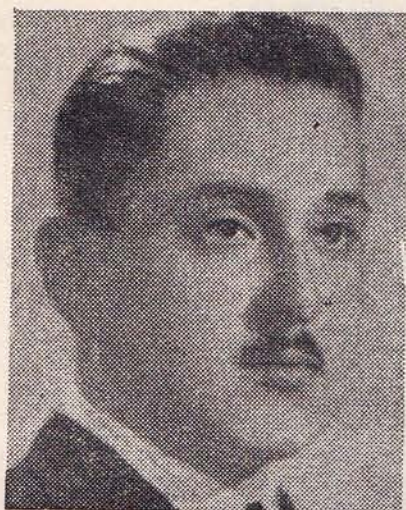
Si pudiera morir hasta las hojas
y hasta las raíces de mi cuerpo;
¡oh tú, espíritu, no me dejes
ni una rama ni un brazo suelto!

Para ir desnuda de polvo y cansancio
como un ciervo que tiene el cuello herido
a dejar correr mi sangre libre,
abierta por el largo río.

Así irá en el espacio ya vacío
de mí, alguien que corra sin fatiga;
con los pies mojados, en la tierra
atados de nuevo a la vida.

ANA MARÍA CHOHUY AGUIRRE

SOBRE LA REALIDAD DE



ALBERTO PONCE DE LEÓN

El problema de la existencia o inexistencia de la promoción poética argentina que se ha dado en llamar de "el 40" es caso particular de otro más general: ¿existen o no las generaciones literarias? Hace poco se discutía en España acerca de la realidad de una de ellas, de existencia tan incuestionable: la *del 90* hispánica⁽¹⁾. Si ello ha sido posible, ¿qué cabría para la más inmediata y menos consagrada de las "generaciones": la *del 40* argentino? Y esto no sólo por razones de perspectiva histórica, sino de ambición y propósitos.

La primera inquisición que el lector debe hacerse sobre este último problema está en preguntarse si no fué demasiado ambicioso eso de elevarse a la pretensión de generación dentro de cierto movimiento de poetas jóvenes argentinos actuales; si no hubiese sido preferible conformarse —al menos por ahora— con una denominación más modesta, como ésta de "movimiento", o la no más ambiciosa de "promoción". ¿Hubiera alguien levantado su voz contra este rótulo, simplemente localizante en el tiempo y en el espacio, apenas alusivo a cierta identidad de clima o de tónica? Ubicante y fijativo de nombres, obras y actividades elevadas a la pública consideración de lectores y críticas, en un momento determinado de nuestra creatividad poética, dentro de cierto compañe-

rismo de grupo, de acción solidaria y fraterna, los títulos de "promoción", "movimiento" o "grupo" hubiesen transferido al futuro la dilucidación de si se trataba o no de algo más importante y profundo: una "generación"...

Colocados en esta posibilidad, es de advertir que no hubiese faltado quien hiciera oír su voz de acusamiento, esta vez en orden inverso: si los propios enjuiciados no osaron proclamarse como tales, como "generación", ¿qué derecho tendrían a exigir la consideración posterior o ajena en torno a ese reconocimiento. También les asistiría razón, sin duda, a los que así reaccionaran.

Y ahora tenemos que consignar un hecho que sería propio de todos los casos semejantes: ¿quiénes tienen derecho a dictaminar si son realmente "generación": sus propios posibles componentes, o jueces extraños e imparciales? Desde el punto de vista de una objetividad cultural este último caso sería el viable. Pero la cultura, la creación, son fenómenos mucho más subjetivos, depende mucho más de la ecuación personal. Si ningún grupo, ningún creador tuviera la valentía de proclamarse sobre o más acá de sus contemporáneos o antecesores, ¿existiría acaso la historia literaria? Historia que no la hacen los críticos ni los jueces, sino los propios creadores...

Desde este último punto de vista, sería legítimo —hasta "sano", culturalmente hablando— que un grupo de poetas jóvenes, nuevos, se haya apartado de la dispersión común y se haya autoproclamado "generación".

Otro problema absolutamente distinto —pese a que se lo ha confundido lamentablemente con el tratado hasta aquí— radica en saber quiénes son, en realidad, los verdaderos y limitados componentes de tal o cual generación. La aclaración de este problema sí compete, a mi entender, a críticos y lectores, antes que a los poetas de la promoción. Cabría el derecho ilimitado de todos en corregir "idealmente" la plana de la supuesta

(1) "Sí y no sobre la generación del 98", "Rumbos", Nº 58, Madrid, 1952.

A GENERACION DE "EL 40"

"generación", añadiendo nuevos nombres o quitando algunos por mala inclusión. Pasados los años, habría un acuerdo más o menos definitivo al respecto, con una nómina mucho más reducida que la de alguna Antología: he aludido a la de David Martínez, y al "Espejo" inédito de otros dos componentes del movimiento aquí en discusión.

Un aspecto, en cambio, nos falta considerar, de índole más peculiar y profunda. Si descubriéramos ciertos signos o caracteres comunes en la poesía de los probables componentes de la generación *del 40*, por más generales y formales que ellos fueran, ¿no habríamos obtenido la confirmación de su existencia, no ya temporoespecial ni "autoproclama", sino de naturaleza esencial?

Para nosotros, esas características existen, bien patentes, por más modestas o simples que se las pueda considerar desde otro punto de vista: el de la calidad. No se trata sólo de una vinculación de fechas y lugares, de una fraternidad (e incluso lo opuesto, pero igualmente común: rencillas, celos o repulsas...), sino de cierto "clima" o "atmósfera" común a todos los componentes. Se ha dicho siempre, en efecto, que los poetas de la generación *del 40* son "elegíacos". Tal hecho es esclarecedor: hay una cuerda común a la totalidad del supuesto grupo; no caben en él poetas de otra resonancia... Y si alguno de ellos se ha inclinado en algún momento por otro tipo de poética lo ha hecho con carácter inusitado, episódico y esporádico.

En segundo lugar, dentro de este acento solidario en los poetas *del 40* —que probaría la existencia de ellos como "generación"— se descubre un procedimiento que también es común: la doble tendencia hacia lo "universal" y lo "local", entrelazados en la mayoría de sus producciones, y desglosados en algunos que cultivan un lirismo completamente intemporal y en otros que se deciden cada vez más por lo "comarcal".

En definitiva, ¿qué tipo de existencia puede atribuírsele a la llamada generación argentina *del 40*? Hemos resuelto que ésta existiría en un estado más "ideal" que "real", en cuanto a sus componentes les asistió, desde el punto de vista de la creatividad pura, el derecho de autoproclamarse como tales. A críticos y lectores incumbe, en cambio, el dictaminar sobre la excelencia o valor del movimiento o promoción, términos, estos consagrados en la historia de la poesía, incluso en la Argentina. Que la generación de 1940 sea más humilde, más modesta, o superior, de mayor responsabilidad que otras anteriores, es asunto que no quiero aquí considerar. Deseo, en cambio, completar este breve estudio encarando una circunstancia que para algunos conspira contra la según ellos "pretendida" nueva generación de poetas del país: su cohesión y vitalidad habría sido mucho más apreciable años atrás, en los mismos orígenes de su proclamación. Luego —sin duda demasiado pronto— sus componentes se dispersaron espiritual y geográficamente, dejaron de aparecer publicaciones; varias de sus firmas dejaron de producir; se espaciaron cada vez más sus apariciones en tribunas y celebraciones... Esto es también exacto. Se trataría de algo así como de un déficit "post-generativo". Pero, a subsanarlo ¿no tienden acaso empresas como la de esta revista? A ella me he asociado no sin haber mantenido antes vacilantes consultas con mi conciencia. Porque teniendo en cuenta más los "pro" que los "contra", he comprendido que la dilucidación final de si existe o no una nueva generación poética argentina depende en gran parte de nosotros mismos, sus componentes. Y yo quiero que la generación exista, no sólo por la Poesía sino por mi país y mi tiempo.

ALBERTO PONCE DE LEÓN

LA MUERTE DE LOS BUEYES*

En vano esperó Bourdin la lluvia; en vano parecían clamar por ella los gajos abiertos hacia arriba como implorando un poco de agua, fresca, dulce, para calmar tanta sed, para aplacar tanta tierra polvorosa que se alzaba al paso de los animales y empujada por el viento, cubría de fina capa cada planta, cada objeto crujiente de sequedad. Los colonos, inactivos, volvían a escrutar el cielo, pero rogando ahora que la lluvia cayese. Cuando alguna nubecita blanca interrumpía el azul profundo del espacio, la seguían con la mirada codiciando su humedad. Era muy chica sin embargo, se esfumaba y no quedaba de ella sino su imagen en el alma ansiosa de los campesinos. La tierra, dura, compacta, amarilla de pastos o rasurada, calcinada por la fortaleza del sol, producía, al andar por ella, molesto escozor en la garganta, de sólo pisarla. Los animales casi no se alejaban de los ranchos por estar cerca de los bebederos y de los escasísimos pastos que crecieron al amparo de los bosquecillos y de las huertas regadas. Comían del maíz y el centeno cultivado por los más previsores pero donde no había, andaban con la cabeza baja, pesada para su flacura; con sus grandes cornamentas los bueyes vagaban mascando toda insignificante hoja hallada, toda brizna desechada y vuelta a buscar.

Las vacas redujeron el volumen de las ubres, chupadas, mezquinas de leche. La colonia entera se apabullaba de sed ante la desastrosa magnificencia límpida del cielo.

Ernesto Bourdin, con las manos en los bosillos, miraba hacia arriba y sacudía la cabeza.

—Pasa el tiempo y no llueve, será imposible arar. Pasará también la época de sembrar el maíz. ¡No tendremos otra cosecha!

La dramática perspectiva le socavaba el ánimo poco a poco, y ya se notaba cierto abandono de las cosas que necesitaban de su cuidado.

Un palo caído en el cerco, no fué clavado otra vez y al pasar las vacas voltearon otro. Al comienzo de la sequía baldeaba agua del pozo virtiéndola en canales de la quinta para sustentarse de sus legumbres, pero luego, resultó infructuosa la tarea, excesivamente enorme para tan poco resultado y dejó también de preocuparse por eso. En la quinta abandonada todo se marchitó sin que nadie volviese a pensar en ella. Una pared del rancho se abría en una grieta, pero ni Magdalena se inquietaba ya, y el viento introducía por allí su invisible espolvoreo. La pobreza de la familia parecía contagiar a cuanto los rodeaba. Menos aves picoteaban en el patio; los arreos, reseco, no se engrasaban, y Colicha, tan amada por la abundancia de su ubre, pacía suelta sin que se la tornase al corral.

—Que se rebusquen como puedan. Los bueyes han enflaquecido tanto, que si hoy mismo lloviera, no servirían de mucho en el arado...

Cada vez que amanecía, luminoso de sol el horizonte, Bourdin observaba la desolación del campo y Magdalena guardaba silencio, por él y por ella, pues las palabras, siempre las mismas, ya no necesitaban ser dichas. Inútiles eran para aliviar las penurias de la realidad y del pensamiento.

—Tanto luchar por tener esta tierra. Aquí envejeceremos, decíamos ¿recuerdas?

La mujer asentía arrojando un balde de agua para refrescar frente a la puerta, donde Bourdin, apoyado con un hombro en el marco, la miraba. Se oía a Teófilo y a sus hermanos que martillaban maderas en el galpón.

—Nos quedan cuatro años aún, insinuó Magdalena.

—Vuagnaux siempre lo dijo: "Terberos enredados. Esos somos". Algunos están bien ahora; aunque no siembren maíz aguantarán; pero ¿quién de nosotros puede levantar la cabeza? ¿Quién se asegura la tierra? Se la está devorando el sol y tenemos encima los ojos de la empresa. Nos vigilan. Saben hasta lo que comemos.

Fragmento de la novela inédita "El desierto tiene dueño".

—Todo sale de allí y allí va a parar todo otra vez, afirmó Magdalena penetrada por el razonamiento que callaba Bourdin.

Si el transcurso del día les pesaba, las noches eran angustiosas. Dominados por la inercia, sólo la imaginación les trabajaba y entonces, se sentían ajenos a la tierra como si estuviesen allí sin afirmarse en nada, y el vigor de los derechos de la empresa, los achicaba, los reducía a seres desprovistos de toda protección. Criaturas en el mundo. Nada más que eso, soportando el desmoronamiento paulatino de las cosas construídas y de los sueños que les hiciese vivir la esperanza de enriquecerse y andar por magnífico campo de ellos, floreciente y generoso de sus frutos.

Magdalena leía la Biblia antes de acostarse, para hallar camino a su desorientación.

"El hombre iracundo levanta contiendas; y el furioso muchas veces peca", se decía en Proverbios. Magdalena no le encontraba ahora un sentido adecuado. Trataba de imaginar la magnitud del reproche que contenía el proverbio. Más le martillaba la frase en su memoria y en vez de rechazar su espíritu al iracundo, ella misma sentía una oleada de furia que la asustaba y enardecía a un tiempo. Contra su naturaleza, cerraba su corazón a las palabras sagradas para solazarse y fortalecerse en la contradicción.

—No siempre, se decía, peca el iracundo y es la contienda la que hace vigoroso al hombre.

Temía obstinarse en el supuesto de que estuviese contra las leyes divinas y, desamparada como nunca, abandonaba la lectura, sin consuelo; pero aguerrida. Bourdin tampoco dormía y ambos se avergonzaban de no hallar una salida por donde hacer que renaciera para ellos la confianza, y retornasen los comunes días pasados, cuando era agradable trabajar protegidos por la fe, por la seguridad de hacer lo que necesariamente debían.

* *

Ya no miraban el cielo los campesinos, lo que ocurría en la tierra les hizo bajar los ojos y les ahondó la inquietud. En la colonia comenzaban a morir animales. Hoy, uno en esta concesión, mañana, otros en aquella.

—Es por la sequía que se nos vino esta epidemia...

Por los áridos rastros vacas y bueyes flacos se estaban quietos, madurándoles la muerte. No alcanzaba ni el centeno ni el maíz, ni el forraje traído de campos menos azotados en las zonas del río. Formáronse tropas arreándoselas hacia el este, de amplias hondonadas y de verdes islas; más no todos pudieron hacer que sus bestias participaran de ese éxodo y allí, en la colonia, aguardaban con el alma tensa el milagro que les permitiese ver una nube siquiera precipitarse sobre los campos. No era época de milagros. Debían esperar los naturales sucesos del clima y dar hasta el último grano al último animal de huesos puntiagudos, apretados por el cuero de sucia pelambre.

Llegó también para Bourdin el día de ver sus bueyes echados, la fortaleza vencida. Tenía uno seco el morro, los ojos velados por la fiebre, la barriga enorme entre el anca y la paleta en junta. Luchaba con la muerte; bamboleaba la cabeza y parecían sus cuernos buscarla en el aire para herirla. Más la muerte le trabajaba por dentro, tenaz, segura de su apoderamiento íntegro de la enorme víctima. Le aflojó primero las patas, le arqueó la columna huesosa, le abombó el vientre, le apagó la mirada dulce. Luego las babas le colgaron del belfo y resollaba con debilidad de cansancio.

Bourdin lo veía morir, y el universo parecía haberse reducido a los contornos de la bestia agonizando. Con el buey moría la fuerza del arado, el vigor del hombre empecinado detrás de él; moría la apertura de la tierra cerrada para la semilla, moría la flor y el fruto. Cuando se entregó a la oscuridad misteriosa camino hacia la disgregación y el renacimiento en el dolor del hombre, Bourdin lloraba, sin voz, sin lágrimas, la muerte de la bestia y del maíz... como si mil egipcios de pestes le llagaran a un mismo tiempo.

Fábula de la Soledad

Yo vi la soledad, la vi por dentro,
en su casa desnuda, sin clamores;
un aire, apenas huésped de los árboles,
la llenaba de juncos y de novias.

Ay su rueda azul cómo giraba
sobre un perno de azúcar;
cómo ardían el huso y la polea
que fundan su salud entre los bosques.

Para entender la soledad había
que retrasar el nombre de las cosas,
volverse contra el aire de la vida,
guardar a Dios en cárcel de jacintos
y dejarlo morir cual un aroma,
porque sabed:
la soledad es justa,
como la noche es justa y sufre.

Mendoza, 1953.

AMÉRICO GALI

Enero

*Aspirando un aliento vegetal de resinas,
por campos labradores vamos enero adentro.
Nos persigue una densa insistencia de espigas...
que nos va enamorando, pero no más que el viento;*

*no más que los flexibles ramos de golondrinas
suelos sobre las carnes morenas del Pampero;
no más que ese dulcísimo tañir, de las esquilas
que mansa, aladamente, rocan el silencio.*

*Vamos, enero adentro, por tierras de labriegos,
con la sangre aromada, atravesado el pecho
por tan viva embriaguez de alas, estrella y heno,*

*y de panales cálidos, y verde asombro abierto
que, de pronto, sentimos que nos nacen jilgueros
sobre una herida verde. Y ya somos enero.*

ANA EMILIA LAHITTE

REVALIDACIONES

LIBRO DE POEMAS Y CANCIONES, de J. R. Wilcock. Con algunos poetas de la generación sucede un hecho especialísimo. La primera obra suele ser la más pura, la más apasionada, la menos literaria. Luego, en producciones más sucesivas, únicamente se demuestra la habilidad formal, o se cae en intentos más audaces, sólo logrados a medias, sin ese "convencimiento" pleno que hoy nos produce, por ejemplo, la relectura de *Libro de poemas y canciones*. Wilcock es uno de estos casos: ninguno de sus poemas posteriores a los de esta obra primigenia alcanzó la frescura, el éxtasis, la prodigiosa naturalidad de unas poesías y canciones tan inspiradas como las del libro homónimo. Hazaña doblemente singular la suya, en aquellos albores de la iniciación —de él y de la promoción—: *Libro de poemas y canciones* era obra con un abolengo literario, que venía de las lecturas y frecuentaciones del autor: la lírica inglesa y alemana. Y, no obstante, Wilcock dió en el libro la nota personal, única, individualizante. Esto es lo que nos interesa, y no la posible filiación o reconocimiento que pueda hacerse de su obra posterior, aún en el caso de que se nos hablara, incluso, de "las fuentes bíblicas"...

Creemos que este poeta, en su madurez de años, podrá dar un libro tan convincente, por su "existir" de criatura natural y única, como lo es el de estos "poemas y canciones". Pero por ahora no: no es la edad de la inteligencia plena; mas no es tampoco, ya, la época del descubrimiento adánico y emocional. *Libro de poemas y canciones* es obra única de por lo menos veinte años de la vida de un poeta. Faltarían todavía varios para que líricos como Wilcock nos deslumbraran con poesía que —cualquiera sea su dimensión, humanidad o trascendencia— llegara a ser justamente eso: poesía, casi sin autor. Digamos que el problema de si este libro es fruto de una sensibilidad demasiado delicada, exquisita y hasta narcisista no interesa en absoluto, como no importa saber que la obra genuina de otro poeta es fruto de su odio o de su mal carácter. Se trata, simplemente, de un libro característico, con su mundo, su imagen, su metáfora.

Y, sobre todo, su frescura y naturalidad. De esos que se producen poco en una generación, y que, por lo mismo, plantean a los poetas el terrible dilema de superarlos o, por lo menos, confirmarlos. O enmudecer... — A. P. de L.

DESDE LEJOS, por Olga Orozco. Editorial Losada, S. A., Buenos Aires, 1946. Olga Orozco es una posibilidad de buena poesía que no logra concretarse en un buen libro. Hay en ella una falta de rigor formal que conspira, indudablemente, contra la expresión de su mundo, rico y hondo, lleno de sugerencias metafísicas. *Desde lejos*, su obra inicial, nos acercó una interesante figura femenina despojada de todo inconformismo sexual —no hay en ella el grito o el sollozo del sexo—, pero siete años de silencio no han sido suficientes para preparar o encauzar su voz por mejores medios expresivos. Buena prueba de ello es su reciente libro "Las muertes", en el que la falta de autocritica deslucen algunos poemas que adolecen de oscuridad y de falta de pulimento. En *Desde lejos* es visible la influencia de algunos poetas, como Miłosz, que inciden en la monotonía del conjunto. Sin embargo —ya lo dijimos en una crítica publicada en esta revista en oportunidad de su segundo libro—, no debemos buscar en Olga Orozco la perfección formal; quizás e hilando fino, podamos afirmar que la autora de *Desde lejos* consigue sus aciertos mejores dentro de su estilo irregular y más allá de los valores retóricos que quisiéramos para que *Desde lejos* pueda vivir a pesar del tiempo que cae sobre él, ya, con fuerza devastadora. — M. A. B.

— A V I S O —

NUESTRA REVISTA publicará en lo sucesivo **PROSA DEL 40**. Sea ésta cuento, ensayo o cualquier otra manifestación literaria en **PROSA** de los poetas y escritores argentinos y extranjeros vinculados o comprendidos en este grupo generacional. **ASPIRA** así a fijar, mostrar, criticar y polemizar en un todo, —poesía y prosa— a la llamada **GENERACION DEL 40**.

Dos días después murió otro de sus bueyes, abandonado en el camino. No tuvo esa muerte resonancia. El largo padecer de la bestia y la agonía del primero, agotaron en Bourdin su dramática visión de la tierra desolada.

—Sin dinero, sin animales suficientes para arar, sin siembra y con sequía...

El segundo buey caído en el camino, fué causa de su reconciliación con los Premat. Estaba desollándolo y vió venir el carruaje con asiento de espaldares ferretiados. Reconoció a Alejandro Premat por su amplio sombrero, su barba abundosa; por otra parte, sólo él podía una yunta de oscuros.

Se arrodilló para abrir el cuero por los corvejones, dando la espalda al carro que, cerca ya, venía levantando una estela de polvo demoroso en asentarse. Creyó que Alejandro pasaría sin saludar y se contrajo a su tarea. El trotar de los caballos le golpeaba en los oídos produciéndole una sensación molesta en todo su cuerpo. Sintió que venían ahora al paso y se desviaban del camino junto a él. El carro se detuvo y oyó la voz de Alejandro.

—Buen día Bourdin...

Alzó la cabeza sin soltar la pata del buey; miró el rostro de Alejandro, sereno, franco, y saludó poniéndose de pie.

—Buen día Alejandro.

Unidos ambos en días de esperanza, sentían en ese momento rodeados por tantos signos de penuria —el buey muerto, el caballo sufrido de Bourdin, los campos áridos, los árboles marchitos— que nunca habían dejado de ser amigos, que se recordaron mutuamente en cada etapa de las labores campesinas, en el gozo de ver los trigales creciendo, en la parición de las vacas, en el madurar de la fruta, en la rudeza de los cortes, en el desastre de Bourdin, en la prosperidad de Alejandro. Y allí, en medio del camino polvoroso, mirando el buey muerto, de patas endurecidas, zumbándoles las moscas, se enaltecieron.

Bajó Premat del carro y le estrechó la diestra a Bourdin.

—Te voy a ayudar..., dijo quitándose el saco y arremangándose la camisa, descubriendo hasta el codo su piel velluda.

—Si no tienes apuro..., aceptó Bourdin.

—No hay mucho que hacer en este día...

Evitaron hablar de la sequía, del desasosiego de la colonia, de todo cuanto pudiese herirle a Ernesto Bourdin su orgullo de hombre en pleno derrumbe de su ambición. Desollaron el buey. El sol les ardía las carnes, la boca se les secaba; el esfuerzo de empujar el cuero de la bestia inerte, les hacía afirmarse con bríos en la tierra ardorosa. En media res sangui-nolenta porfiaban las moscas. La tomaron por las patas sin desollar.

—Vamos, alentó Bourdin.

Y ambos, forcejeando a un mismo tiempo, la voltearon hacia el otro costado. Pronto, el cuero sólo se unía a la carroña por el codo y la cabeza. Bourdin tironeó hasta casi hacerlo descubrir la base del cráneo. Premat le aplicó el cuchillo y a tajos, lo desprendió.

—Es un buen cuero.

—Pero en este tiempo hay tantos que no valen gran cosa..., respondió Bourdin.

—Te llevo hasta tu casa.

—No hay necesidad, Alejandro, has hecho bastante...

—Bueno, salud Bourdin.

—Salud, gracias Premat.

Se dieron otra vez la mano, limpios de dudas, en honrado gesto de amistad.

El buey, hinchado, rugosas las córneas, rojizo y sucio de tierra, quedó bajo los rayos del sol, descomponiéndose. Caranchos innumerables describían tirabuzones en el cielo.

GASTÓN GORI

LIBROS

EL EXILADO, por César Rosales, Cuadernos del Unicornio, Buenos Aires 1952. Desde su libro inicial, *Después del Olvido*, Rosales ha venido exhibiendo una poesía densa y decantándose, paulatinamente, de elementos nerudianos, en una búsqueda, no siempre fructuosa pero a menudo exitosa, de su propio estilo. En *El Exilado*, es evidente esa lucha entre las ajenas maneras y su sincera expresión de canto. La presencia del chileno Neruda no es ya tan visible; se ve esto en la ausencia de los gerundios y en la eliminación de las monótonas repeticiones de preposiciones, a que tan afecto ha sido Rosales en sus anteriores entregas. Pero el poeta ha caído en otras aguas líricas —las de Richard Crashaw, por ejemplo— y su mundo poético se ve sumergido en un anecdotario sui generis, en el que la descripción de su viejo mundo puntano, presente en algunas de sus más modernas producciones, publicadas en SUR, se confunde extrañamente con los aledaños de la atmósfera del inglés, a la que se puede añadir un algo “contable” del Stenveson de “The feast of Famine”. El libro que comentamos viene precedido por un prólogo que se nos antoja peligroso para lo que el poeta nos da luego. En efecto, sus palabras liminares aluden a una actitud del exilado Selkirk, eminentemente psicológica, que Rosales resuelve luego, poemáticamente, en una sucesión indefinida de minuciosidades que quedarían muy bien entre las páginas en prosa del maestro Dickens —inimitable en las largas descripciones de interiores y exteriores—, pero que disuenan en un poema cuyo fin tendría que haber sido, a no dudarlo, la exteriorización de la pasión por lo absoluto del escocés immortalizado por Daniel Defoe en su “fabuloso” *Robinson*. Por ello, el libro nos defrauda allí donde el poeta no pudo dar la realidad del dolor del exilado y nos dió, en cambio una serie de fotográficas visiones de una isla de fantasía, carentes de perfil lírico, aunque empapadas por un evidente oficio que busca resolverse por los caminos fáciles de su vieja técnica de la descripción exterior; sin poder captar, en ningún momento, aquello sutil, difícil pero necesario, del “coloquio de un alma con la soledad”. Editó muy bien esta publicación el dúo Becco-Svanascini, cuyo meritorio trabajo todos reconocemos como muy bueno. Lleva el libro un ajustado e interpretador dibujo de J. Batlle Planas.

M. A. B.

CAMPO SUR, por J. M. Castiñeira de Dios. Ed. Medina del Río, Buenos Aires. Aunque preferimos la temática de su anterior libro, *Del Impetu Dichoso* (1943), Premio Municipal, más acorde con su temperamento lírico, esta nueva producción de Castiñeira de Dios reúne también valores dignos de ser señalados. Uno de ellos es el nuevo sentido que este poeta ha fijado a su canto, dándole un tono nacional y hasta popular, reflejado en décimas, vidalas, canciones y rasgueos que nos muestran al autor preocupado por trascender de lo meramente anecdótico a un más ambicioso acontecer lírico, en cuya insistencia cae, sin embargo, en la fértil tierra de la poesía castellana o en el tono localista de un Rafael Alberti. *Campo Sur* tiene además varios sonetos, suficientes para justificar la calidad del libro. — A. C.

ELEGIA PURISIMA, por José Eduardo Seri. Ed. Noreste. Federación. Entre Ríos, 1952. Con unas palabras preliminares de Córdova Iturburu entrega Seri

su tercer libro de poemas. La obra sigue la línea de su anterior producción, pero esta vez más depurada, más acendrada en la búsqueda de la expresión lírica. El canto de este poeta entrerriano es siempre alto y puro y sus temas nostálgicos conservan aún el tono de recordación con que se hizo conocer en *Mundo sin ti y sin pájaros*. El paisaje litoral, con su verde luminosidad, queda velado ligeramente por la triste evocación de las cosas idas y la égloga campesina se inclina ante voces oscuras que caen de su soledad sin orillas, hasta transformarse en un mundo de sueño en el que Seri construye su poesía honda y bella, dándonos así un nuevo libro de perdurable recordación. — M. A. B.

LIRICA HISPANICA. Antología número 111. Venezuela. Dora Isella Russell presenta en esta publicación venezolana, que dirigen Conie Lobell y Jean Aristeiguieta, un panorama de la actual poesía uruguaya. Son 25 poetas, precedidos de un ajustado prólogo de la nombrada en

primer término, de los cuales mencionamos Silva Valdez, Julio Casal, Clara Silva, Esther de Cáceres, Emilio Oribe, Sara de Ibáñez, Manuel de Castro, Juvenal Ortiz Saralegui, Humberto Zarrilli, Ernesto Pinto, Arsinoe Moratorio, etc. Por lo que vemos, lo mejor de la poética actual de la vecina orilla. Hermosa la obra de divulgación de las directoras de estos volúmenes quienes prosiguen así su fecunda labor en bien del conocimiento americano y de la unión espiritual de los pueblos de hablar castellana. — S. B.

TU PUEBLO EN LA ESTRELLA, por Armando de Vita y Lacerra. Buenos Aires, 1952. Siempre tenemos, para los que comienzan, suficiente comprensión y la necesaria simpatía humana. Pero ello no nos inducirá a aplaudir sin reservas, por el sólo hecho de tener ante nuestra mesa un libro primerizo, obras que hay que tratar, con rigurosa imparcialidad. Quiere decir, que el libro de Vita y Lacerra puede ser juzgado benévolamente en cuanto significa una muestra de vocación, indudablemente auténtica, pero debe ser censurado acerbamente allí donde el poeta —que lo es— fracasa al querer construir mundos de poesía que se vienen abajo con estrépito. **Tu pueblo en la estrella**, no reúne valores dignos de mención. Pero quien ha podido escribir un pórtico tan bello tiene la obligación de dar al lector, en un próximo libro, un poema, por lo menos, que encierre más extensa y fielmente todo aquello que de Vita ha resumido en seis líneas iniciales y que no ha sabido continuar a través de las páginas siguientes. Imprimió Colombo con su conocida eficiencia. — D.A.M.

POESIA-AMOR DE EUROPA, por Jean Aristeguieta, Ed. "Lírica Hispana" en la Colección **Aire Libre**. Caracas, Venezuela, 1950. Con estilo poemático, la autora de este volumen nos da varias interesantes visiones de Europa. No las del clásico continente de las muestras para el turista, sino las de aquel que sólo pueden ver los poetas con sus líricos ojos. Por eso, Jean Aristeguieta ha llegado a la tercera edición de este libro. Sus valores son poco comunes, como lo es su estilo, pleno de metáforas de buen cuño, y su prosa, abigarrada de imágenes límpidas. La escritora venezolana nos ofrece, pues, uno de sus mejores frutos intelectuales, maduros en la plena juventud de quien es exponente valioso de la literatura de su país. Prologó Conie Lobell y Pedro Centeno V. ilustró la viñeta. — M.A.B.

TIEMPO ENAMORADO, por Osiris U. Chierico. Ed. A.D.M.F., Ciudad Eva Perón, 1952. De veintidós composiciones consta este volumen editado en Ciudad Eva Perón. Sonetos y coplas tienen en él una actitud filosófica que no excluye al auténtico lirismo y a la emoción del poeta. La obra es pues una realización de lo trascendente y lo íntimo, de lo uni-

versal y lo entrañable. Chierico es un valor poético y es bueno destacarlo como posibilidad de mayor importancia, a poco que decante su expresión y se despoje de ciertas muletillas que malogran poemas llenos de intención y calidad. — D.S.B.

EL CONSTRUCTOR DE SUEÑOS, por Roberto J. Pifarré, Ed. Perlado, Buenos Aires, 1952. Siete cuentos de tono borgiano nos da el autor en este libro breve. Ya Jorge Luis Borges ha dado, indudablemente con mayor talento que Pifarré, toda una gama exhaustiva de modos y búsquedas basados en la memorización de cosas falsamente trascendentes. Insistir en este procedimiento no es muy conveniente, ya que el precedente que significa el autor de **Luna de Enfrente**, es un poco agobiador. Sin embargo, Pifarré no fracasa, ni muchos menos, ni cae en la obsecuencia literaria frente al modelo insuperable. Simplemente señalamos una influencia que el cuentista que hay en **El constructor de sueños**, debe, a nuestro parecer, arrojar por la borda. Sus relatos, sobre todo **La vida espiral**, anuncian a un posible y original escritor, a poco que se libere de ciertas ataduras que, como la señalada, traban su mejor expresión y posibilidad. — D.S.B.

INCIENSO PARA LA ULTIMA MUCHACHA, por Alberto Oscar Blasi, Buenos Aires, 1952. En su primer libro Blasi nos dió un tono demasiado literario y falso. En este, si no cae en lo señalado precedentemente, incurre en el defecto de creer que lo poético debe ser necesariamente lo que asombre al lector de manera directa y explosiva. De ahí que construya sus poemas con expresión desenfadamente procax a veces, o con tono ligeramente cínico otras. Cuando se despoja de estos vicios literarios, aflora un poeta auténtico, desgraciadamente entretelones grandilocuentemente pintados. Lástima pues que Blasi haya malogrado un libro, que apuntaba bueno, con ese afán de "etonner" presente hasta en el inútil galimatías del colofón. — A.C.

CHIHUAHUA DE MIS AMORES, por Alberto Rembao, 1 vol. 245 págs. México, D.F. Notable es este libro desde todo punto de vista. Su interés no decae en momento alguno a lo largo de sus cuatro largas partes, en las que Rembao, con garra de verdadero y perdurable escritor, relata vida y costumbres del México de su juventud y madurez. El volumen guarda un exacto equilibrio entre la nota periodística de la mejor calidad y el ensayo histórico-social lindero con la más noble de las literaturas. Es así como **Chihuahua de mis amores** incorpora a las letras hispanoamericanas conceptos y pensamientos dignos de ser tenidos en cuenta, y reflexiones de quien suma, a su indudable talento periodístico, la excepcionales condiciones didácticas necesarias para construir, con elevada intención, todo un ejemplo para los escritores americanos: dar, con absolutas fidelidad y sinceridad, lo mejor de sí mismo. — M.A.B.

LA NUEVA DEMOCRACIA, volumen XXXII, núm. 4, Nueva York, 1952. Esta prestigiosa revista, se edita en castellano bajo la dirección de Alberto Rembao, trae colaboraciones de Alfonso Reyes, Edgar Sheffield Brightman, Juan Mackay, Francisco Romero, Gonzalo Zalduabide, Mariano Picón Salas, etc., como se ve firmas de primerísima calidad en las letras de América.

LA VOZ INNOMINADA, por Lucía A. Z. de Sampietro. Ed. Moreno. Ciudad Eva Perón. 1952. Hay en este libro indudablemente un poeta. Lástima que los poemas no hayan sido rigurosamente tratados y que la autora busque el fácil refugio de la rima asonante en composiciones que, como el soneto, por ejemplo, requieren enfrentar y vencer los rigores conocidos. En cambio, y como compensación a ésto que señalamos —que no es, por otra parte, esencial— Lucía A. Z. de Sampietro, da una geografía lírica de indudable calidad y se muestra flúida y diestra en las veintiséis composiciones que forman *La voz innominada*. Ilustró Francisco de Santo. — L.B.

DISCURSO ACERCA DEL ARTE DE LA DIPLOMACIA, por Eugenio Julio Iglesias, 1 vol., Buenos Aires, 1952. Inapreciable es este libro para aquellos que desean conocer algo sobre este arte sutil, difícil y muchas veces ingrato que es la diplomacia. La experiencia de Eugenio Julio Iglesias, que desde hace años se desempeña en representaciones de nuestro país en el extranjero, es en este sentido puesta al servicio del lector común, con un estilo directo y flúido, lleno de gracia que no excluye la ironía amable o la intención sana de enseñar deleitando. Por otra parte, el autor aprovecha la oportunidad para demostrar ampliamente el grado de su madurez intelectual y toda la gama de su comprensión de artista y de poeta puesta al servicio de una carrera a la que ha dado lo mejor de sus energías. — Editó Colombo.

EL CANTICO DEL CONOCIMIENTO, de O. V. de L. Milosz, Ed. Santo y Seña, Buenos Aires, 1951. Este libro al que su traductor, Lysandro Z. D. Galtier, denomina "ensayo de traducción", con una modestia que no condice con la admirable compenetración que demuestra con el inmortal poeta lituano-francés, nos parece de lo mejor que se conoce al respecto. Galtier que se ha especializado en la divulgación del autor de *La confesión de Lémuel*, es digno del mejor aplauso por esta otra entrega, que se suma a su importante obra de poeta y traductor. El volumen lleva un retrato de Milosz por Aarón Bilis.

PRESENCIA DE LA ROSA, por Arsinoe Moratorio. Ed. Cuadernos "Julio Herrera y Reissig". Montevideo, 1952. Un bello libro sin duda, que nos muestra a esta diestra poeta uruguaya en posesión plena de sus facultades líricas. Arsinoe Moratorio nos da en *Presencia de la Rosa* un delicado mundo eglógico, en el que la imagen rotunda y límpida, el adjetivo logrado y el verso flúido se combinan acertadamente. Sus sonetos, sus tercetos, sus dísticos guardan una constante dignidad poética dentro de un nostálgico acontecer en el cual los elementos empleados afloran cálidamente a un genuino mundo personal. — A. C.

RETORNO, por Manuel de Castro. Ed. Salamanca, Montevideo. Enmarcado por juicios laudatorios de Carlos Mastronardi, Bernardo Canal Feijóo, Xavier Abril, etc., *Retorno* se muestra digno de esos elogios a las anteriores producciones de este poeta. El autor ha logrado su voz definitiva y a través de ella nos da cantos de ritmo y rima, de tema y forma, que nos lo demuestran en plena posesión de facultades de excepción en un país que ha dado líricos a cuya talla acérscase por su evidente personalidad. — D. S. B.

MEMORIA DEL AMANTE, por Martín Alberto Boneo. En este pequeño e íntimo tomo de poesías, la primera parte —compuesta por trece décimas y un soneto— es la que da título a la colección *Memoria del amante*, pero en un sentido celebratorio, ya que no se canta en estos poemas el amor perdido, apenas recuperado en el recuerdo, sino la pasión triunfante, lograda y mantenida en el tiempo. *Memoria*, pues, en el sentido testimonial del término...

La segunda parte del libro de Martín A. Boneo es, ya, elegíaca, como en la décima donde canta al hermano desaparecido:

.....
*inolvidable aposento
de su quebrado suspiro
y de su cara que miro
como a un río triste y lento.*

Aparte del transparente y delicado lirismo de estas poesías, Boneo agrega a ellas —quizá porque la tradición de la décima en lengua castellana, así como la del mismo soneto, le exigían ese tratamiento— cierto juego conceptual en el que se patentiza la madurez de su espíritu creador. Las *Dedicatorias*, en forma de sonetos donde se glosa la personalidad, la obra, el ambiente humano de grandes poetas universales —con preferencia de lengua inglesa, e incluyendo, aparte, las figuras nuestras de Fernández Moreno, Lugones y Alfonsina Storni...— podrían haber quedado en meros "ejercicios", de carácter simplemente literario, si el autor no hubiese utilizado esos temas para dar una nueva muestra de su lirismo, de su claro y puro sentido de la imagen y la atmósfera poéticas. Como, por ejemplo, en esta cuarteta del soneto a Bécquer:

*allí donde la lluvia entre los muros
con un adiós profundo está cayendo
por escaleras donde va perdiendo
húmedas manos, hábitos oscuros.*

Memoria del amante —que señala una nueva altura creadora en la importante obra del autor— concluye en una tercera parte en la que canta, esta vez también en décimas, a su ciudad, la "Buenos Aires dormida / dichosamente ceñida / por la noche y la esperanza". Y se clausura con un "Epitafio", de melancolía serena y, a la vez, apasionada.

Podría aplicarse al autor, en vista de todo ello, las dos líneas finales del "Envío" con que se inicia *Memorias del amante*:

*¿en qué lugares estarás cuidando
el dulce tallo de tu voz madura?*

Hay, en efecto, madurez cierta y bella en este último libro de Boneo, por otra parte cuidadosamente editado y exornado con fina ilustración de Olmos.

ALBERTO PONCE DE LEÓN

D. FRANCISCO A. COLOMBO

El 15 de julio último falleció en San Antonio de Areco, Don Francisco A. Colombo, decano de la imprenta argentina, constante y buen amigo de los escritores y artistas de este país. El "40" se asoció a los honores que se le tributaron, destacando a tal efecto al poeta Miguel Ángel Gómez, quien concurrió al acto del sepelio realizado en dicha localidad.

En tal oportunidad nuestro representante pronunció las siguientes palabras:

"Hablo en representación de 'El 40', revista de los más jóvenes que hasta hace poco llegábamos a su imprenta a recibir de sus manos nuestros libros, dignificados por su artesanía; aparecidos gracias a su generosidad sin límites que se confiaba a la hipotética mejor fortuna de jóvenes escritores como a un medio de soslayar, en llaneza criolla su actitud, reítero, generosa e incomparable que permitió a tantos de nosotros darnos a conocer. De allí nuestra gratitud que ahora cambia la emoción de entonces, por esta otra de pesadumbre y duelo.

Hombres como Vd. no se repiten Don Francisco! Unica imagen de bondad dichosa la limpia herencia de su nombre evade amistad y parentesco y desde ya pertenece a este país, a esta llanura que Vd. comprendiera; y se ahonda en este pago, en este pueblo que un día ha de tener una calle o una plaza puestos bajo su advocación, en homenaje cabalmente merecido como pocos.

No se enfrenta a la muerte con palabras, que no sean las de una oración imperecible; basten estas para cumplir esta misión tristísima como un deber de amistad y reconocimiento.

Díos ampare su alma Don Francisco!

Nosotros velaremos su recuerdo".





CASA IMPRESORA COLOMBO